

An aerial photograph of a large crowd of people walking on a cobblestone street. The crowd is dense and diverse, with people wearing various colored clothing. The street is paved with grey cobblestones. The overall scene is busy and captures a moment of public gathering.

Alejandro Nieto

LA PRIMERA REPÚBLICA ESPAÑOLA

La Asamblea Nacional:
febrero-mayo 1873

ALEJANDRO NIETO

LA PRIMERA
REPÚBLICA ESPAÑOLA

La Asamblea Nacional: febrero-mayo 1873

GRANADA, 2021

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Diseño de cubierta y maquetación: Eloísa Ávila

© Alejandro Nieto

© Editorial Comares, 2021

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-237-1 • Depósito legal: Gr. 1146/2021

Impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

INTRODUCCIÓN GENERAL.....	IX
---------------------------	----

PRIMERA PARTE

REPUBLICANISMO Y FEDERALISMO ANTES DE LA REPÚBLICA

I. LOS REPUBLICANOS ANTES DE LA REPÚBLICA	3
1. EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO PROVISIONAL Y LAS CORTES CONSTITUYENTES DE 1869 ..	3
2. ETAPA PACTISTA	9
3. REACCIÓN CENTRALISTA.....	12
4. REINADO Y RENUNCIA DE DON AMADEO	13
5. LA COMUNA DE PARÍS Y EL FEDERALISMO INTERNACIONAL	15
II. EL FEDERALISMO ESPAÑOL EN 1873.....	21
1. «¿QUÉ ES LA REPUBLICA FEDERAL QUE QUERÉIS TRAER A ESPAÑA?»	22
2. REPÚBLICA FEDERAL FRENTE A REPÚBLICA UNITARIA	33
3. PI Y MARGALL	36
4. EL PENSAMIENTO FEDERAL DE LA PRIMERA REPÚBLICA	41
5. UNITARISMO Y CENTRALISMO	46
6. DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA, DEL MODELO A LA REALIDAD Y DE LA RAZÓN AL MITO	58
7. CONSIDERACIONES FINALES	61
III. LOS PROTAGONISTAS.....	63
1. LOS PARTIDOS POLÍTICOS	63
2. LAS MASAS TRABAJADORAS	66
IV. ADVENIMIENTO DE LA REPÚBLICA.....	71
1. NO FUE UN DILEMA SINO UNA PLURALIDAD DE OPCIONES	72
2. UNA REPÚBLICA DE UNA MINORÍA DE REPUBLICANOS	74
3. LOS REPUBLICANOS VIEJOS: TENSIONES INTERNAS	77
4. INTRANSIGENTES Y BENÉVOLOS	83
5. LAS PRIMERAS CORTES DE LA PRIMERA REPÚBLICA	92

SEGUNDA PARTE
CRÓNICA PARLAMENTARIA

I.	INTRODUCCIÓN	99
II.	LA LARGA SESIÓN DEL 10 DE FEBRERO DE 1873	107
	1. DE LAS 14,15 A LAS 21 HORA DEL DÍA 10	108
	A) Un preámbulo inútil	108
	B) Al fin comparece el Gobierno; sesión permanente	109
	2. DE LAS 15 HORAS DEL DÍA 11 A LAS 2,30 DEL DÍA 12	113
	A) Reunión del Congreso y el Senado en Asamblea Nacional	113
	B) Proclamación de la República	115
	C) Notoria y asumida inconstitucionalidad. La nueva legalidad republicana	123
	D) Zancadilla de Martos a Rivero	126
	E) Primer Gobierno de Figueras	129
	3. DE LAS 3 DE LA TARDE A LAS 8 DE LA NOCHE DEL DÍA 12	133
	4. REGLAMENTO Y ORDEN; LOS TENORES PARLAMENTARIOS	134
III.	DEL 14 AL 22 DE FEBRERO: EL MANSO GIRO DE LA NORIA PARLAMENTARIA	139
IV.	EL 23 DE FEBRERO DE 1873: LA PRIMERA CRISIS	149
V.	SESIÓN DEL 24 DE FEBRERO	159
	1. SORPRENDENTE INTERVENCIÓN DE MARTOS	160
	2. UN TÍMIDO ENSAYO DICTATORIAL	163
	3. SEGUNDO GABINETE, AHORA HOMOGÉNEO, DE FIGUERAS	165
VI.	LA RESACA PARLAMENTARIA: DEL 27 DE FEBRERO AL 5 DE MARZO	169
	1. ASOCIACIONES ARMADAS DE VECINOS HONRADOS	169
	2. CUESTIONES MUNICIPALES	176
VII.	SESIÓN DEL 7 DE MARZO	179
VIII.	SESIÓN DEL 8 DE MARZO: HOJA DE RUTA CONSTITUCIONAL	181
	1. PROYECTO GUBERNAMENTAL DEL 4 DE MARZO Y DICTAMEN DE LA COMISIÓN	181
	2. VOTO PARTICULAR DE RAFAEL PRIMO DE RIVERA Y DEBATE DEL 8 DE MARZO	184
IX.	SESIONES DEL 10 Y DEL 11 DE MARZO	193
	1. LA OPOSICIÓN RADICAL APRIETA EL CERCO	193
	2. LA DIMISIÓN DE MARTOS Y COMIENZO DE LA ESCISIÓN DEL PARTIDO RADICAL	195
X.	SESIONES DEL 12 AL 21 DE MARZO	197
XI.	SESIÓN DEL 22 DE MARZO: EL DESASTRADO FINAL DE LA ASAMBLEA NACIONAL	201

TERCERA PARTE
LA REPÚBLICA SIN PODER LEGISLATIVO

I.	VIDA Y MUERTE DE LA COMISIÓN PERMANENTE	207
	1. UNA FÓRMULA CONSTITUCIONALMENTE INÉDITA	207
	2. LAS SESIONES DE LA COMISIÓN	209

3.	EL GOLPE DE ESTADO DEL 23 DE ABRIL	213
4.	PROTESTA DE LA COMISIÓN	222
5.	¿QUIÉN FUE EL AUTOR DEL INTENTO DE GOLPE?	223
6.	EL AUTÉNTICO GOLPE DE ESTADO	225
7.	LOS PARTIDOS EGEMÓNICOS SE DIVIDEN	225
II.	DESPUÉS DEL GOLPE DE ESTADO	227
1.	LA HORA DE LOS INTRANSIGENTES	227
2.	EN EL FILO DE LA DICTADURA	229
III.	INQUIETUD EN EL MINISTERIO DE LA GUERRA	233
IV.	HACIA LAS ELECCIONES A LAS CORTES CONSTITUYENTES	235
1.	LA CUESTIÓN DEL RETRAIMIENTO	235
2.	PROGRAMAS ELECTORALES	240

CUARTA PARTE
REPÚBLICA, ORDEN Y LIBERTAD

I.	UNA REPÚBLICA DE ORDEN	245
II.	JUNTAS REVOLUCIONARIAS Y AYUNTAMIENTOS	255
III.	NUEVA PLANTA DE LAS FUERZAS ARMADAS REPUBLICANAS	261
1.	INDISCIPLINA DEL EJÉRCITO	261
2.	LA LEY DEL EJÉRCITO	263
3.	BATALLONES FRANCOS	264
4.	MILICIA Y VOLUNTARIOS	268
IV.	LOS SUCESOS DE CATALUÑA	275
1.	LOS SUCESOS DE BARCELONA VISTOS DESDE LA ASAMBLEA NACIONAL	276
2.	LOS SUCESOS VISTOS DESDE BARCELONA	283
3.	CRÓNICA	284
4.	CRISIS MILITAR	290
5.	EL 9 DE MARZO DE 1873	293
6.	VISITA DEL PRESIDENTE FIGUERAS	297
7.	CONSECUENCIAS	300
8.	LA PRETENDIDA CONSPIRACIÓN DE GAMINDE	301
V.	LOS SUCESOS DE MÁLAGA	303
VI.	FUNCIONARIOS Y CESANTES	307
VII.	IGLESIA CATÓLICA	313
VIII.	HACIENDA	317
IX.	PROMOCIÓN Y FORMACIÓN REPUBLICANAS	327
	BIBLIOGRAFÍA	329

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. La Primera República española, sin llegar a ser desde luego una mancha inexplorada de nuestro pasado, ha llamado relativamente poco la atención de los historiadores actuales. Justo en el centenario de su proclamación aparecieron simultáneamente varias monografías de calidad: la *Historia* de Ferrando Badía, un profesor de Derecho político, centrada, como la coetánea traducción española de una obra anterior de Hennessy, en la figura de Fi y Margall; otra historia bien documentada debida a la pluma de un periodista (Fernández-Rúa) y, en fin, la de Lacomba que se ciñe al examen de algunos escasos aspectos económico-financieros. Muy poco tiempo después publicó Mercedes Nieto un minucioso estudio especializado sobre los sucesos de Barcelona. Muy anterior (1956) es, con todo, la obra solitaria y voluntariosa de Comín Colomer, el conocido y prolífico martillo de rojos y masones.

¿Por qué se pasa hoy casi de puntillas sobre lo sucedido en 1873?, año del que sólo ha quedado en el imaginario popular (e incluso en el culto) el recuerdo de tres datos calificados severamente de negativos: la presencia de cuatro presidentes y casi una docena de gobiernos en doce meses, la rebelión cantonal de Cartagena entendida como una anécdota pintoresca, y la entrada del «caballo de Pavía» en el Congreso, metáfora de todos los golpes de Estado habidos y por haber. Además, para los historiadores generales la Primera República fue un breve paréntesis dentro del otro paréntesis, tampoco largo, que representó el sexenio revolucionario: último eslabón —tan insignificante como el reinado de Don Amadeo que le precedió— de una fugaz cadena ensalzada con el arrogante nombre de «Gloriosa Revolución de 1868».

Parece claro que no hace falta insistir aquí en el despropósito de semejante perspectiva y en la necesidad de tomarse más en serio aquellos acontecimientos. La Primera República fue una experiencia política frustrada (como la Segunda, sesenta años más tarde, aunque por diferentes motivos) que merece un análisis profundo y, sobre todo, una reflexión más reposada. No cambió, ciertamente, la historia de España;

pero estuvo a punto de hacerlo y mientras no se conozcan bien las razones de haber realizado tal experimento y más todavía las de su fracaso, no podremos entender bien nuestro siglo XIX.

Intentando conjeturar las causas del indicado desinterés, una puede ser la de que los republicanos de hoy, si no reniegan, al menos silencian en lo posible un pasado que nada tiene de glorioso, en el que dilapidaron en unos meses el poder que había caído en sus manos cuando menos lo esperaban. Algo parecido a lo que sucedió con los demócratas y progresistas en general, que tampoco pueden sentirse orgullosos de la desbandada que se produjo a la muerte de Prim. Distanciamientos generalizados que en este caso no se han suplido, como en otras ocasiones, con la diligencia de los historiadores periféricos, singularmente los catalanes, a la hora de reivindicar su protagonismo político. Porque durante buena parte del año 1873 la política nacional española estuvo dominada y dirigida por catalanes y sucedió que éstos no aprovecharon la oportunidad ni en su propio beneficio ni en el de los intereses generales españoles. La realidad fue que, por razones que se irán examinando más adelante, el enorme peso político y teórico de Pi y Margall para nada sirvió ni a la República ni a Cataluña y hubo que esperar muchos años para recoger su valiosa herencia (y la de Almirall). Un fracaso que quizás explique el retraimiento de los estudiosos catalanes, a los que la Primera República no puede ofrecer atractivo patriótico alguno.

Sea como fuere y en definitiva el resultado ha sido que la Primera República no ha llamado especialmente la atención de los historiadores tendencialmente ideologizados, pues en ella no se pueden encontrar acontecimientos gloriosos (o victimistas) con los que ennoblecer las causas que defienden. Los hechos de aquel año son tan rudos y tan elocuentes que sólo pueden ser manipulados con enormes dificultades. En consecuencia han creído *que lo mejor es silenciarlos conservando únicamente el mito, que siempre puede ser utilizado sin comprometerse.*

Silencio que se encuentra favorecido por la relativa escasez de fuentes impresas coetáneas. De ellas las más importantes son la *Gaceta de Madrid* y los voluminosos *Diarios de Cortes*, donde aparece fehacientemente lo que los políticos *dijeron* y sólo eso. Para saber lo que *hicieron* hay que acudir a las crónicas periodísticas (muy poco fiables) y biográficas (algunas, como la de Vera y González, excepcionalmente valiosas). Saber lo que *pensaron* ya es más difícil porque sus discursos políticos eran de ordinario escasamente sinceros y a su incontinente verborrea se correspondía una lamentable pereza de pluma. Las *Memorias* de Ruiz Zorrilla, de Echegaray y de Fernando Fernández de Córdova se acaban de hecho cuando empieza la República. De Figueras sólo se conserva una larga carta, ciertamente importante, de valor histórico. Las *Memorias* de Estévanez son más bien anecdóticas y los recuerdos de Castelar se pierden en la retórica. Más importancia tiene el testimonio directo de Morayta y desde luego a Pi y Margall se deben las páginas más sinceras. La crónica de Sugrañes

contiene dentro de su prolijidad un tesoro de informaciones aunque reducido al ámbito local de Barcelona.

A este propósito son de recordar las acertadas palabras del conde de Romanones¹ cuando se enfrentó con esta situación que conocemos apenas sólo por el *Diario de Sesiones de las Cortes* y por el contenido de la prensa: «materias endebles, pues en los discursos suele ser obligado ocultar una parte de la verdad, y por los periódicos no se pueden descubrir las facetas más íntimas de los hechos». En definitiva, la historia de la Primera República española no podrá redondearse hasta que no se manejen concienzudamente las fuentes manuscritas acumuladas en los archivos oficiales y privados que ya empiezan a ser accesibles.

A los ojos salta en cualquier caso el desequilibrio ideológico de estas confesiones personales puesto que todas proceden del lado republicano. Y lo mismo sucede si observamos las obras historiográficas coetáneas: Vera y González, el cronista más minucioso del momento, era un ferviente admirador de Pi y Margall y la obra más amplia está firmada por Pi y Margall y por su hijo Pi y Arsuaga, si bien esta parte fue escrita por el último. La otra historia de gran formato es la de Morayta, secretario que fue de la Asamblea Nacional y devoto seguidor de Castelar. Pirala, continuador de la monumental obra de Lafuente, no se esmeró demasiado al redactar este capítulo y los escritores monárquicos, salvo Bermejo, no demostraron mucho interés por el período, reservándose para la Restauración.

En resumidas cuentas, entre la parquedad de los autores coetáneos y el desinterés de los actuales, la *historia política* de la Primera República española ha quedado un poco arrinconada en las bibliotecas y sobre todo en las estanterías de las hemerotecas, en contraste con el enorme atractivo que desde la Transición han despertado la ideología republicana y la federal. *La historia de las ideas ha sucedido a la historia de los hechos y, en último extremo, la historia ha sido suplantada por la mitología.*

2. La fugaz Primera República española tuvo la rara fortuna de contar entre sus protagonistas un polígrafo (Pi y Margall), un historiador de profesión (Morayta), un orador aficionado también a la Historia (Castelar), tres prolijos memorialistas (Estévanez, Fernández de Córdova y Echegaray) y unos cronistas sobresalientes (Vera González y González Sagrañes); sin contar que alcanzaron a vivir aquel acontecimiento los grandes historiadores del siglo (Lafuente, Bermejo, Pirala). La prensa periódica, por otra parte, gozaba en aquella época de una enorme difusión y de aceptable libertad, de tal manera que todas las tendencias políticas estaban representadas y su interés por la política era enorme, aunque por ello mismo su credibilidad era más que dudosa y su imparcialidad nula. Folletos volanderos no faltaban tampoco ciertamente, pero eran

¹ ROMANONES, conde de: *Los cuatro presidentes de la Primera República española*. Editorial Espasa-Calpe, 1939, p. 8.

más bien escasos y, salvo excepciones, de poca relevancia. Aquellos acontecimientos también han encontrado acogida en la literatura (Coloma, Galdós, Valera, Pereda, Blasco Ibáñez e incluso muchos años más tarde J.R. Sender).

Se cuenta, por tanto, con una suficiente información coetánea de primera mano empañada inevitablemente por la apasionada parcialidad de sus autores y que contrasta de forma llamativa con el relativo desinterés de los historiadores posteriores (tal como se ha indicado antes). Pero es de notar que la atención de los autores actuales no se centra tanto en la relación de los hechos como en el análisis de las ideas. No es la información sobre los acontecimientos lo que les importa sino la ideología. Son más bien historias de ideas políticas y constitucionales y, más concretamente, del federalismo, atraídos todos y aun sugestionados por la absorbente personalidad de Pi y Margall hasta el punto de marginar de hecho a otros autores de relevancia como Almirall, tan enérgicamente reivindicado por Ferrán Soldevila. En este marco se mueven Trujillo, Molas y Jutglar sin olvidar que Ferrando no era un historiador de profesión sino un catedrático de Derecho Político.

No se puede escribir con solvencia la historia de una época o de una institución al hilo al hilo de la biografía de un personaje por importante que sea éste. Obsérvese el paralelismo de dos obras fundamentales: la que Vera y Fernández publicaba en 1886 se titula *Pi y Margall y la política contemporánea* y la que casi un siglo después escribe Hennessy (1962) se rotula *Pi y Margall y el movimiento republicano federal*. Como se ve, uno y otro historian la República de manera indirecta a través de la figura de quien la presidió durante seis semanas.

La Segunda República no manifestó interés específico por los antecedentes de la Primera y las tendencias republicanas y federalistas actuales tampoco se remontan al siglo XIX deteniéndose sorprendentemente en el ejemplo de la Segunda República debidamente mitificado. Lo que realmente pasó en las dos repúblicas anteriores no llama hoy la atención a casi nadie, aunque desde luego haya excepciones, algunas muy notables. Concretamente, el federalismo actual —hoy tan de moda y no sólo entre republicanos— apenas tiene que ver, salvo el nombre, con el federalismo preconizado en la Primera República y canonizado por Pi y Margall.

Algo mejor se ha seguido el hilo capital de las relaciones entre las masas trabajadoras, la República y el federalismo, atendido éste con reconocida seriedad por los investigadores de La Internacional, el anarquismo y el socialismo. Aun así, en este campo y por lo que atañe a la Primera República queda mucho por hacer.

En lo que se refiere a la relación de los hechos políticos y parlamentarios el presente libro se apoya fundamentalmente en el *Diario de Sesiones de la Asamblea Nacional*, de lectura cansada y hasta engorrosa en la época de oro de los tenores parlamentarios más atentos a la gloria literaria que a la precisión, pero de conocimiento imprescindible, que no todos los historiadores tienen la paciencia de seguir. A conciencia, claro es, de que la información que allí se encuentra, aunque necesaria, es

gravemente parcial puesto que la vida política no se desarrollaba únicamente en las Cortes (esa sería la «historia parlamentaria» en sentido estricto) sino fuera de ella: en los cuarteles, en las calles, en las sacristías, en los clubs, en las logias, en las redacciones de los periódicos...

Información parcial en todo caso en lo que se refiere a los actores y más aún a la forma de tratarse las cuestiones porque —tal como se insistirá más adelante— en buena parte de los casos la política *no se hacía en el Parlamento sino que simplemente era allí donde se escenificaba y hacía público lo que en otra parte se había decidido ya previamente*. Este carácter escénico explica la ordinaria hipocresía de los discursos porque éstos no se dirigían a los pocos que ya estaban en el secreto sino, a través de la prensa (como hoy de la televisión), a un público que tenía que contentarse con lo que se quisiera decirsele. La vida política discurre en diferentes niveles y el conocimiento de los profundos y más importantes está reservado a unos pocos. Los abrazos, las cortesías —y también los insultos y agresiones— están cuidadosamente ensayados con anterioridad. En el curso de este libro hemos de ver incontables manifestaciones verbales de amistad inquebrantable entre radicales y republicanos, enemigos mortales en la realidad, que se apuñalaban implacablemente mientras que en los escaños de la Asamblea se abrazaban con absoluto cinismo.

La tarea del historiador —ya que no del mero cronista— consiste cabalmente en ir más allá del espectáculo, no fiarse de las palabras y de los gestos e indagar lo que está sucediendo detrás del escenario e incluso —y esto es lo más importante— conjeturar las causas y fines del comportamiento de los actores: algo que no consta en el *Diario de Sesiones*, a veces se apunta en la *Gaceta Oficial* o se intuye en la prensa y que los protagonistas raramente confiesa. Levantar estos velos es lo que hace tan apasionante la aventura del historiador.


3. El volumen que el lector tiene entre sus manos, se desarrolla en cuatro partes. En la primera —titulada «Republicanismo y federalismo»— se analizan una serie de cuestiones generales, cuyo conocimiento previo es imprescindible para la inteligencia de lo que sucedió en aquel agitado año. Se trata, por tanto, de una *descripción del contexto* y de un adelanto de los conceptos y fórmulas políticas que luego irían apareciendo y se desarrollarían en concreto. Aquí se hace una sumaria referencia a los antecedentes del republicanismo en los años inmediatamente anteriores a 1873 y a la situación política en el momento de la proclamación de la República; así como un análisis más pormenorizado del significado y alcance que a la sazón tenía el federalismo. La Primera República española es ciertamente un acontecimiento histórico por sí misma; pero o puede olvidarse que constituye un eslabón más —el último y culminante— de ese bloque de nuestro pasado inspirado por la revolución de 1868.

Con este aparato informativo y analítico previo, la segunda parte —titulada «Crónica parlamentaria»— es un *relato rigurosamente cronológico* de lo que fue

debatándose día a día en una Cámara en la que se habían congregado los diputados y senadores del tiempo de Amadeo de Saboya. En esta Asamblea —que funcionaba como una convención— se gestaba y dirigía formalmente la política nacional; pero *de hecho era más bien un tablado en el que se escenificaba para ilustración del país lo que realmente se había decidido ya fuera de ella*. Esta es, al menos, la tesis que inspira el presente libro y la clave del pensamiento de su autor: las decisiones se tomaban o impulsaban en salones reservados, pasillos oscuros, logias masónicas, cuartos de banderas, clubs populares y sacristías con la participación de escasos protagonistas; y luego se llevaba lo decidido a la Asamblea Nacional donde se montaba un espectáculo ya minuciosamente preparado, en el que los cabecillas políticos —excelentes actores, por lo demás— no se salían ni una palabra de su papel. Un estilo político que nos ha obligado a estructurar el relato en dos planos que corren paralelos: el del espectáculo público que se plasmaba en el *Diario de Sesiones* y el guión que se gestaba y escribía en las recámaras y pasillos y que, siendo secreto o al menos reservado, hay que reconstruir paso a paso sirviéndose de informaciones extraparlamentarias no siempre fiables. Sin desconocer, desde luego, la existencia de un tercer nivel, aún más profundo, donde se generaban verdaderamente las decisiones; pero al que de ordinario no tiene acceso el historiador, salvo a través de alguna fisura estrechísima o de algún destello ocasional. Confesémoslo con resignación y sinceridad: más allá del relato de los hechos constatados, que no son sino fachadas y apariencias, la historia académica no pasa de ser un manojo de conjeturas ideológicamente sesgadas y no siempre fundadas, que casi nunca llegan a las causas verdaderas y reales ocultas para siempre en los arcanos del pasado. Con esta obvia limitación la segunda parte del libro cuenta «lo que se sabe» de los dos planos aludidos y se deja al lector que elabore por su cuenta sus propias conjeturas explicativas. El formato de «crónica» que se adopta en esta parte puede parecer anticuado, y probablemente lo sea, pero resulta útil cuando se refiere a acontecimientos insuficientemente conocidos por el lector medio, dado que así se le proporciona una especie de percha en la que puede ir colocando las cuestiones y las conjeturas que dan sentido a hechos, que cuando se ignoran éstos, se quedan en el aire.

La tercera parte relata las vicisitudes de la República durante un intervalo carente de poder legislativo. En ella aparece, además, el episodio central de todo el período, es decir, el polémico y nunca bien aclarado golpe de Estado del 23 de abril.

En la cuarta parte se analizan algunas cuestiones que por su importancia o extensión se desglosaron de la segunda parte para no desviar la atención del hilo cronológico de exposición allí seguido.



La Primera República (1873-1874) española ha llamado relativamente poco la atención de los historiadores actuales. ¿Por qué se pasa hoy casi de puntillas sobre lo sucedido en 1873?, periodo del que sólo ha quedado en el imaginario popular (e incluso en el culto) el recuerdo de tres datos calificados severamente de negativos: la presencia de cuatro presidentes y casi una docena de Gobiernos en doce meses, la rebelión cantonal de Cartagena entendida como una anécdota pintoresca, y la entrada del «caballo de Pavía» en el Congreso, metáfora de todos los golpes de Estado habidos y por haber. Parece que la Primera República fue un breve paréntesis dentro del otro paréntesis, tampoco largo, que representó el sexenio revolucionario (1868-1874).

Así, en 1903 el escritor bohemio Alejandro Sawa se preguntaba: «Yo no sé por qué los republicanos se obstinan todos los años en conmemorar esa fecha triste: el breve período político comprendido entre el 11 de febrero de 1873 y el 3 de enero de 1874 es el más poderoso argumento que los monarquistas pueden esgrimir contra la república y los republicanos. ¡Ah, si ese régimen no hubiera jamás descendido hasta nosotros de su excelsitud de utopía, aún podría, sin virtuales menoscabos, tener sacerdotes que lo exaltarán, que lo cantarán, que lo evangelizarán por los cuatro puntos cardinales de la tierra! Pero encarnada en medrosos como Figueras, en atáxicos como Salmerón, en sistemas (sic) como Pi y Margall, en andróginos como Castelar ¡Dios mío, qué antipática pesadilla!»*

* Artículo de Alejandro Sawa «Once de Febrero aún» aparecido en *Las Noticias*, 1903. Hoy recogido en Alejandro Sawa. *Crónicas de la bohemia*, Estudio de Iris M. Zavala; edición e introducción de Emilio Chavarría. Veintisiete Letras, 2008.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-237-1



9 788413 692371